

REALIDADES Y FANTASÍAS DE LOS COMENTARIOS

Sergio Vilar

En un debate es necesario ajustarse por lo menos a tres normas elementales: 1) Ponerse de acuerdo en el tema del que se desea hablar y evitar excesivas bifurcaciones que pueden llevar a la dispersión y de ahí al disparate. 2) Respetar lo que el otro dice, esto es: no atribuirle tesis falsas a fin de criticarle más, fácilmente y con dureza. 3) Sobre todo en un ámbito universitario, al que implícitamente se le supone científico, hemos de evitar las posiciones dogmáticas y las exigencias litúrgicas (sobre todo cuando la Universidad está llena de dogmas polvorientos y liturgias archiapolilladas).

1) Por lo que se me dijo, el tema de este debate es mi último libro: *Fascismo y militarismo*, en el cual analizo los procesos históricos originarios de cinco dictaduras: el fascismo italiano, el nazismo, el franquismo, el peronismo alternado con dictadura militar y el getulismo alternado asimismo con los «gorilas» brasileños. Amando de Miguel (AdM) me reprocha que no incluya en mi estudio los problemas de Chile, Perú y México. En ese caso, digo yo: ¿y por qué no hablar también de Uruguay y Paraguay? Benjamín Oltra (BO) se inclina sólo por esta propuesta: Chile y México. Y vuelve a decir el autor comentado: ¿y por qué no Irán e Indonesia? ¿Y por qué no Marruecos y Portugal? Y otro, la cosa fácilmente puede degenerar en tertulia dicharachera: ¿Y por qué no reescribes la enciclopedia Espasa? Ah, no; yo creo que debería ser la British Encyclopaedia. ¿Y por qué no hablamos de la «velocidad»? Y otro: ¿y por qué no del «tocino»? Y sale la señora de al lado: ¡Qué vulgar! Hablas como

un periodista, ¡y yo soy una científica! (Al estilo del Mono del Anís: «La Ciencia lo dijo y yo no miento.») Bueno, ¿a qué jugamos?

2) BO pretende que no hago el análisis de las crisis ideológicas cuando, en realidad, como puede verificarse, trato el tema en cinco capítulos. En el comentario de AdM observo dos bloques de tergiversaciones que no corresponden al contenido de mi libro. Y el comentario de Judith Astelarra (JA) es una articulación constante de deformaciones que asombran por su capacidad inventiva referente a un texto impreso.

3) El comentario de JA está escrito con sus liturgias y dogmas puestos desde el tobillo al moño. Su formación universitaria no coincide con la mía. Ésa es su primera desazón. Sus normas académicas no coinciden con las mías. Sus normas las considera como de valor universal, puesto que considera que las mías son malas.

Por lo general, en los comentarios de los otros autores también interviene, aunque de manera mucho más matizada, esa diferente formación académica: ellos, sobre todo AdM, parte de la sociología norteamericana, mientras que yo procedo y me fundamento en el marxismo europeo. Esas diferencias afectan negativamente el debate. Pero, por fortuna, ni AdM ni BO me lanzan ningún anatema.

Las fantasías de JA. Sobre el origen de sus creaciones imaginarias caben tres hipótesis: a) ha bojeado mi libro; b) lo ha ojeado; o c) lo ha leído deprisa y sin entenderlo. En fin, d) no se ha tomado la molestia de verificar si sus «críticas» daban o no en un blanco concreto de mi libro.

El propio texto de JA plantea varios otros problemas. El primero: el de su propia estructuración lógica; en el tercer párrafo confiesa: «No soy experta en el tema»; y a continuación afirma: «El autor no cumple con los fines que se propone en su trabajo.» ¿Cómo es posible, desde un punto de vista racional, hacer dos afirmaciones rotundas completamente contrapuestas y casi a renglón seguido? Si no es «experta», cosa que demuestra, lo lógico es no hablar en una revista como ésta o como mínimo lo consecuente es hablar con más tiento, con más reservas, con más dudas, con más interrogantes y matices acerca de lo que, según se confiesa y luego se ejemplifica, no se entiende de manera suficiente. En todo caso, incluso en los juicios políticos que se montan en las dictaduras, la sentencia sólo se pronuncia al final de un proceso en que se ponen de relieve los hechos que, a juicio de los fiscales y jueces, son condenables. En su texto, JA lanza esa primera afirmación-condena antes de haber hecho la menor demostración de nada, lo que pone de relieve su extraño subjetivismo.

Pero veamos sus fantasías: en el párrafo octavo JA dice que yo hago «la descripción de cinco casos de dictaduras militares» y en el párrafo

siguiente pretende que yo describo «cada situación como fascista». ¿En qué quedamos? Quedamos en que una y otra son burdas deformaciones, como puede verificar cualquiera que lea con atención mi libro, en cuyas páginas consta con claridad qué dictaduras son *predominantemente* militares, qué otras *principalmente* fascistas, y en cuáles otras *dominan* los aspectos populistas. (Y todo eso ya está claro desde la introducción.)

A pesar de no ser «experta» lanza una tras otra sus afirmaciones-anatemas. Sus tergiversaciones son tan numerosas que no me conceden aquí espacio suficiente para contestarlas. Además, las deformaciones que JA introduce destrozan cualquier condición mínima de diálogo racional. Las otras deformaciones: *Desde* que dice que no hago análisis comparativo *hasta* cuando, a partir del hecho que yo considero a ciertos ejércitos como «partidos políticos de nuevo tipo» (¡entre comillas!), ella se obstina en criticarme que los considere *partidos políticos* (sin comillas) normales y corrientes. (También, en contra de lo que JA dice: me parece una buena escritora, extraordinariamente dotada para la literatura fantástica.)

Precisión conceptual e histórica. Que vivimos en un país con una cultura predominantemente literaria (novelesca, poética, etc.) en la que las ciencias humanas y sociales sólo empiezan ahora a penetrar el cuerpo universitario, nos lo demuestra incluso AdM, que es una de las pocas piezas hermanas, casi únicas, que existen en la sociología hispana: hasta AdM se preocupa en primer lugar de los aspectos estéticos de mi prosa. Esas consideraciones son inauditas en el panorama europeo o por lo menos en París: un libro histórico-sociológico-político es bueno, regular o malo al margen de las pequeñas o grandes calidades estéticas de su lenguaje. Lo que en Europa se observa es si hay (o no) precisión conceptual en relación con los fenómenos reales. Tampoco se establecen separaciones entre los textos escritos por los catedráticos (a los que AdM les supone textos más difíciles de leer, ¿y tal vez quiere decir «más científicos»?) y los textos de los buenos periodistas, porque resulta que, por ejemplo en el terreno de la ciencia política, son algunos de los mejores catedráticos, como Duvrger, los que son a la vez los mejores periodistas: plena claridad en los artículos que publican y plena claridad en sus libros, que se traducen a casi todas las lenguas y figuran como libros de texto en centenares de universidades del mundo. La ciencia social está (o debe estar) presidida por la claridad expositiva y no por los esteticismos. Debe estar presidida por la precisión conceptual: lo que significa que las palabras se ajustan a los hechos y a su teorización de conjunto. (En este sentido, por ejemplo, ¿cree AdM que es correcta su utilización del término «panoplia» aplicado a «países»?)

¿Qué quiere decir ese interrogante acerca de «contra-quien» escribo en mi libro? Francamente, no lo entiendo. Como tampoco acabo de entender esas consideraciones acerca de que mi libro *La naturaleza del franquismo* está escrito partiendo de una «investigación sobre textos de primera mano» y *Fascismo y militarismo*, no. ¿Pretende decir AdM que es absolutamente necesario partir de textos de «primera mano»? Seguramente ya no nos pondríamos de acuerdo a la hora de concretar cuáles son (o «deben ser») esos textos. Creo, además, que AdM habla desde un supuesto metodológico que no es el mío: me parece que implícitamente habla desde el supuesto de que se va a hacer un estudio monográfico, por ejemplo sobre los discursos de Mussolini (es decir, algo muy limitado temática y cronológicamente y, por ende, asimismo limitado al hacer la correspondiente aproximación metodológica). Como se puede comprobar, mis libros no tienen nada que ver con esos planteamientos monográficos. Huyo como del diablo de cualquier visión sectorial-monográfica, aunque leo muchas monografías de otros autores. Mis estudios se dirigen hacia grandes conjuntos económico-político-ideológicos, fundamentalmente centrados en las tensiones, enfrentamientos y luchas de clases, no sólo en un país, sino en varios, comparándolos para poner de relieve las respectivas especificidades y los rasgos transnacionales. De ahí que no siempre dispongo de tiempo para hacer investigaciones directas en unos u otros archivos. (Además, en mis planteamientos no me parecen absolutamente necesarios, pero éste es otro tema metodológico del que podríamos dialogar en otra ocasión.)

Volvamos a ponernos de acuerdo acerca de lo que estamos hablando, AdM: ¿Te parece metodológicamente correcto, como tú haces en el quinto párrafo de tu comentario, mezclar problemas internos de unos países con el problema general de la Segunda Guerra Mundial, pasar a continuación a una asociación de la política exterior norteamericana de la década 1940-1950 respecto a España con la política USA internacional de hoy, a fin de concluir con un solo juicio tuyo que lo engloba todo? Me parece una enorme simplificación (y no es necesario que te pida perdón por mi franqueza porque ya la conoces), me parece una barbaridad; porque mezclas tiempos distintos, problemas distintos, para hacer una sola valoración de todo. En contra de lo que AdM dice, las causas de la Segunda Guerra Mundial se explican claramente en mis páginas. Ahora bien, AdM me atribuye una tesis o por lo menos unas palabras que de ningún modo son las mías: el fascismo considerado como indicativo de «la adaptabilidad del sistema capitalista». Para los marxistas, eso de «adaptabilidad» suena a algo raro: existen tensiones y enfrentamientos entre las clases sociales, y esas luchas producen unos u otros resultados, y al cabo de otros años producen otros efectos, y no hay nada que esté «adaptado» de manera

definitiva. Tanto el fascismo de Italia y de Alemania como después el estallido de la Segunda Guerra Mundial se explican por los siguientes problemas principales, encadenados a lo largo del tiempo, y que resumo al máximo: A) Ultr nacionalismo de los países que han perdido la guerra o de los que no han sacado las ventajas que de ella pensaban obtener. B) Reindustrialización a ritmos forzados. Rearme. Acumulación concentrada en manos de la burguesía. Paro y pobreza del proletariado. C) Incremento e intensificación de la conflictividad social. D) Luchas mal planteadas por los socialistas y por los comunistas. E) A través del respectivo partido fascista, el gran capital italiano y alemán aprovecha esa serie de hechos para liquidar las luchas proletarias e imponer la dictadura. F) Para la burguesía, la dictadura es necesaria para «militarizar» la sociedad y también para preparar una guerra revanchista que trate de resolver un nuevo reparto del mundo (mercados, zonas de materias primas, etc.). G) La guerra estalla porque el sistema capitalista en ese momento se ha escindido en dos grandes bloques irreconciliables, cada uno de los cuales lucha por la supremacía económica, militar, ideológica, etc.

Otra atribución errónea que AdM me hace es la de *Estado fuerte*. Aquí, esta tergiversación de nuevo facilita a AdM su «crítica». No es verdad que yo hable de Estados fuertes en sentido estricto sino de Estados «fuertes» (véase la p. 35 de mi libro), lo cual es muy distinto. Pero, ¿cómo es posible que AdM me atribuya algo que está lejísimos de lo que yo pienso y he escrito? ¿Cómo es posible que AdM me achaque que realmente considere que las dictaduras son Estados fuertes, cuando, sobre todo en lo referente a las dictaduras latinoamericanas señalo con toda claridad la endeblez de esos Estados periféricos, *dependientes*, que además se encuentran *invadidos-destrozados* por un *destacamento supletorio* que también defino como el «partido de las multinacionales». Por favor, Amando, léete mi libro con más atención y volvemos a hablar si quieres, por supuesto de los cabos sueltos que yo dejo en mi libro (si no fuese así, si no dejara cabos sueltos, sería Dios Omnipotente, y por fortuna no soy más que un mortal hereje, gozoso pecador y sistemático transgresor de academicismos trasnochados), hablaremos de mis cabos sueltos (¿cuáles?), pero también del exceso de cabos sueltos tuyos, de los que aquí dejo una muestra, amigo.

Burguesías revolucionarias y burguesías aristocratizadas. He dejado el (re)comentario de BO para el final, no porque sea el que se encuentre más alejado de mis posiciones, sino por todo lo contrario.

Pero también él quiere «cobrarme» una atribución gratuita a mi libro. ¿Cómo que no «maneja» el análisis de las «crisis ideológicas»? A ese respecto véanse, *entre otros*, el capítulo 3 sobre Italia, el capítulo 3 sobre

Alemania, el capítulo 6 sobre España, el capítulo 3 sobre Argentina y el capítulo 3 sobre Brasil.

La crítica principal de BO concierne al problema de las revoluciones burguesas y a la valoración negativa que, a ese respecto, muchos hacemos de la transición al capitalismo en Italia, Alemania y en España en el siglo XIX, en comparación con la valoración positiva en la Inglaterra y la Francia de los siglos XVII, XVIII y XIX. El razonamiento de BO tiene su lógica, no pretendo negársela. Pero el *nuestro* también se fundamenta lógicamente. No es cuestión de volver a explicar nuestras razones, ya suficientemente expuestas en los textos correspondientes, porque alargo ya demasiado mi réplica a los comentarios. Pero sí voy a insistir en un aspecto metodológico. Si numerosos científicos sociales (y supongo que BO entre nosotros) negamos que la URSS y países análogos sean sociedades socialistas, y argumentamos esa negación sin tener ningún otro modelo concreto con el cual compararlos, sino que los comparamos con nuestras perspectivas teóricas (económicas, políticas, éticas, culturales, etc.), acerca de lo que ha de ser el socialismo en todos sus niveles; si nos consideramos plenamente autorizados a sostener tesis de ese tipo aunque no podamos apoyarlas en ningún «modelo» real de país socialista «conseguido», que funcione con éxito, ¿por qué no vamos a sentirnos autorizados a negar que las «revoluciones» en la España, Italia y Alemania decimonónicas fueran plenamente burguesas (en el nivel político y estatal), sobre todo si podemos compararlas con dos «modelos» reales de países que sí habían hecho revoluciones burguesas triunfantes con bastante plenitud económica, política, cultural, etc., *diferencial* respecto a la aristocracia feudal?

Tensiones, enfrentamientos y lucha de clases. En fin, tanto AdM como BO se inquietan por mi futuro acerca de nuevos sistemas dictatoriales. Hacen bien en inquietarse, porque en muchos países la derecha sigue siendo tan bárbara (o por lo menos tan cerril) como siempre; porque la izquierda sigue siendo bastante irrealista e ineficaz en las propuestas de cambio; y porque el inquietarse ya es una manera de poner manos a la obra para contribuir a evitar que el futuro se deslice o caiga en la serie de presentes a los que nos encaminamos. Esos «presentes», con dictadura totalitaria o no, con intervenciones directas de los militares o con sutiles formas de alienación para-fascistas, podrían volver a aplastar la libertad de millones de personas. Esos u otros sistemas políticos, como los del pasado, serán efectos coyunturales (y algunas coyunturas se transforman luego en períodos de cuarenta años) de las tensiones, de los enfrentamientos y de las luchas de clases que atraviesan, ténganlo bien por seguro los sociólogos de formación norteamericana, todos los niveles de una formación

social, y también (y cada día más), atraviesan los planos internacionales: los económicos, los estatales, los culturales, y también los de menos e incluso frívola importancia: la gastronomía y la moda, por ejemplo.

El análisis comparativo de grandes series del pasado nos es útil para fundamentar prospectivas de lo que quizás nos aguarde y tal vez podamos evitar.

En ese panorama BO ha captado una serie de problemas clave que indico en mi libro: los problemas de *la combinación desequilibrada en una sociedad de distintos modos de producción y de fases diferentes de desarrollo en el interior de un mismo modo*, y sus efectos en las clases sociales. Nuevos desequilibrios de ese tipo van a producirse, están produciéndose ya, sobre todo en los países dependientes.

Las hipótesis de «respuestas» acerca de lo que nos reserva el futuro podemos hallarlas en el análisis pormenorizado de esas interdeterminaciones clasistas, internas y externas, interdeterminaciones que entran en movimiento no sólo por expresiones más o menos voluntaristas de unos u otros bloques de clase, sino también a causa de transformaciones estructurales propias de cada país y por el encadenamiento respectivo de cada nación en la escala capitalista internacional.

La falta de atención al problema de las clases sociales, y la falta de percepción del conjunto de problemas, es lo que me parece más lamentable de gran parte de esos comentarios. También me parece lamentable esa tendencia a buscar «tres pies al gato», a coger al vuelo cualquier detalle hipertrofiándolo, y la tendencia al «filosofeo» que lanza afirmaciones abstractas sin hacer demostraciones concretas. Lo importante en la realidad y en los libros no es fijarse u obsecarse en los detalles, sino en los conjuntos, o dicho de otro modo: en la amplia serie de relaciones que tienen unos hechos con otros, en sus proyecciones complejas de efectos y causas, así como es necesario distinguir constantemente lo *principal* de lo *secundario*.

Pero esas carencias probablemente son también una expresión de las tensiones y de los enfrentamientos entre las clases sociales o las influencias de esas clases antagónicas en al menos dos de los comentaristas de mi libro, por una parte, y en este autor, por la otra. Mi libro no concuerda con el «modelo», los cánones y otras reglas dogmáticas que, por ejemplo a JA, le han imbuido en la norteamericana Cornell University. En lo que a uno respecta, he de decir que en la Universidad de París-Sorbona jamás pretendemos (ni los sexagenarios como Duverger) que nadie ni ningún texto se amolde a nuestras respectivas herejías que, por serlo, tienen un amplio espíritu tolerante y una capacidad doblada de vocación de acercarse a la comprensión de lo que son los demás y no buscar en ellos un

espejo de la imagen que nosotros nos hacemos del mundo. Creemos que es necesaria una ciencia permanentemente abierta, flexible, complementaria de otras aportaciones científicas, vengan de donde vengan (a veces vienen de fuera de los «santuarios» universitarios). Pero nos reímos del empalagoso cientifismo al estilo del Mono del Anís, porque, en contra de lo que él sugiere, también la ciencia puede mentir, la ciencia de una época está llena de mentiras respecto a otra época.